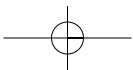
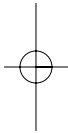
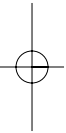


El rector de Justin

A*



Louis Auchincloss

El rector de Justin

Traducción de Ignacio Peyró

Libros del Asteroide 

Primera edición en Libros del Asteroide, 2010
Título original: *The Rector of Justin*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1964 by Louis Auchincloss

© de la traducción, Ignacio Peyró, 2010
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

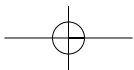
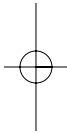
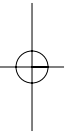
Fotografía de cubierta: Time&Life Pictures / Getty Images

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-25-5
Depósito legal: B.24.584-2010
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para dos John Winthrops: mi hijo y mi hermano



Índice

1. El diario de Brian	11
2. El diario de Brian	35
3. El diario de Brian	51
4. El diario de Brian	63
5. De <i>El arte de la amistad</i> de Horace Havistock	77
6. De <i>El arte de la amistad</i> de Horace Havistock	99
7. De <i>El arte de la amistad</i> de Horace Havistock	109
8. El diario de Brian	135
9. Las notas de David Griscam	153
10. Las notas de David Griscam	165
11. El diario de Brian	193
12. La historia de Cordelia	207
13. La historia de Cordelia	229
14. El diario de Brian	245
15. Manuscrito de Charley Strong (1921)	259
16. El diario de Brian	267
17. Las memorias de Jules Griscam	279
18. Las memorias de Jules Griscam	295
19. Las memorias de Jules Griscam	307
20. El diario de Brian	323
21. El diario de Brian	341

10 ÍNDICE

22. El diario de Brian	357
23. El diario de Brian	377
24. El diario de Brian	385

1. El diario de Brian

10 de septiembre de 1939

Siempre he querido llevar un diario, pero cada vez que estoy a punto de empezar uno, me disuade la idea de que ya es demasiado tarde. Me desanima pensar en todas las cosas fascinantes que podría haber escrito de haberlo comenzado tiempo atrás. Y no es que mi vida haya sido muy emocionante; al contrario, ha sido muy gris. Pero también una vida gris puede ser la trama de un diario. Para un hombre pasivo, la mejor manera de superar a los hombres de acción es escribir sobre ellos. El propio Rey Sol, ¿acaso no es un personaje más en la crónica de Saint-Simon?

Acaba de comenzar una guerra mundial en Europa; mientras, en este país, Brian Aspinwall está a punto de empezar su primer trabajo. Desde luego, si alguna vez voy a llevar un diario, ésta es la ocasión. ¡El primer trabajo a los veintisiete años! Voy a ser profesor auxiliar de Inglés en Justin Martyr, un internado episcopaliano para chicos a cincuenta kilómetros al oeste de Boston. Ayer mismo llegó el telegrama de un tal señor Ives. Uno de los profesores quiere marcharse a Canadá para alistarse en su fuerza aérea, y por eso me han contratado sin mediar entrevista. Esto supone un alivio, después de que el Ejército Británico me rechazara, antes de que me fuera de Oxford en julio. Como es

natural, no les entusiasmó un estudiante yanqui sin experiencia y con un soplo en el corazón. De haberme quedado allí, ahora que la guerra ha comenzado de verdad, tal vez habrían rebajado sus requisitos pero así al menos tengo la sensación de que estoy dejándole el camino libre a un hombre físicamente capacitado para luchar contra ese anticristo de Berlín.

El momento es inmejorable para hacer inventario. En el cuestionario a los titulados que envió este año el secretario de mi promoción de Columbia, sólo pude consignar el logro, tan precario, de haberme ido al extranjero a cursar estudios de posgrado. Y ahora, porque se me hacía insoportable quedarme en Oxford sin vestir un uniforme militar, ni siquiera seré capaz de terminarlos. Me parece que, básicamente, cuanto he hecho desde que cumplí los diecisiete años es buscar refugio en la literatura ante la agonía de decidir si estoy capacitado para ser ministro de la Iglesia. Tal vez me ayude a saberlo el vivir en un colegio religioso. Quiera Dios que así sea.

Debo esforzarme, sin embargo, en no ser demasiado duro conmigo mismo. Después de todo, ése es otro tipo de vanidad. Es un hecho que, desde la niñez, he tenido una salud muy frágil. Y es otro hecho que, como hijo único de unos padres mayores, tuve que acompañarles en el largo tramo final de sus enfermedades. Fue gozoso —y lo digo con toda sinceridad— poder servirles de ayuda, pero supuso retrasar aún más mi entrada en el mundo laboral. En consecuencia, no es del todo mi culpa que haya empezado tan tarde, si es que puede decirse que he empezado.

Con la ayuda de Dios, en Justin Martyr podré comprobar la verdadera medida de mis capacidades. Es un colegio de buen tamaño, con cuatrocientos cincuenta alumnos, y su director y fundador, el reverendo y doctor en Teología Francis Prescott, probablemente sea el nombre más importante en la educación secundaria de Nueva Inglaterra. Ahora ya es un hombre mayor, de casi ochenta años, pero es sacerdote, y seguramente tendrá mucho que enseñarme. Quizá resulte que, después de todo, he sido «llamado» a Justin.

Soy tímido, me falta carácter, soy de baja estatura. Tartamudeo cuando me pongo nervioso, y todavía parezco más un muchacho que un hombre. Todo esto va en mi contra, pero no me da miedo decir lo que quiero decir, y creo que, en los momentos críticos, se puede contar conmigo para defender lo que es justo, aunque sólo sea por el miedo que tengo a decepcionar a Dios. Esperemos que llegue a dar la talla como profesor.

16 de septiembre

Justin Martyr. Llegué anteayer, una semana antes que los alumnos, para preparar mis clases con el señor Anders, del departamento de Inglés. Todo resulta muy apurado, pero aquí saben que soy un sustituto de urgencia, y el profesor Anders es la bondad personificada.

Todavía no sé muy bien qué opinión me merece el aspecto del colegio. El lunes me deprimía, el martes me comenzó a parecer mejor; hoy —con un tiempo magnífico— me gusta. Sigue de modo muy convincente el estilo arquitectónico de H. H. Richardson, con grandes volúmenes de ladrillos de color rojo oscuro, arcos románicos en granito, glorietas y largas columnatas. La abundancia de campos de césped y setos verdeantes, y el porte glorioso de los olmos, aligeran cierta tendencia a las formas pesadas, y evocan un monasterio medieval en el Mediodía francés o, sin ir tan lejos, una asentada colonia veraniega en la Nueva Inglaterra de comienzos de siglo. Como es habitual, Dios lo ha hecho mejor que el hombre.

Entrando ya en detalles, el internado se erige en torno a un campus de forma oval, en cuyo extremo norte se alza Lawrence House, el edificio principal, donde se encuentran la biblioteca, el comedor y la residencia del rector. Avanzando en el sentido de las agujas del reloj, se halla el edificio del colegio, con altos ventanales góticos en el gran salón de actos y un campanario octogonal desde el que, cada mañana a las siete, se da el toque de

diana; luego está el gimnasio, con el aire florentino que le otorgan sus grandes piedras y pequeñas ventanas; siguen las residencias de los estudiantes: Depew, Griscam y Lowell y, por último, la capilla, construida en piedra arenisca, un descanso tras tantos rojos y grises, con su alta torre cuadrada, que, al elevarse, parece empequeñecer a la comunidad escolar apiñada a sus pies.

Es una torre notable. La mirada la sigue en su ascenso, acompañando su impresionante progresión, más allá de las estrechas rendijas de las ventanas, hacia la azotea almenada, desde la cual se alza un tejadillo de tablas piramidal; después, todavía trepa vertiginosamente hasta su culminación en una torrecilla circular coronada por un agudo chapitel. El profesor Anders dice que es como la fe del doctor Prescott, grande y audaz, bella en su desdén a la belleza.

Supongo que hoy mucha gente encontraría esta arquitectura pesada, banal incluso. Insistirían en que hay que educar a los jóvenes en edificios modernos, con amplios ventanales que dejen entrar la divina luz del día, pero yo me pregunto si no será algo más que el sentimentalismo lo que me lleva a empezar a ver este campus como un lugar esperanzador. Tengo la impresión de que el doctor Prescott debió de haber previsto desde el principio que los chicos no se fijan en la arquitectura aunque ésta les influye. Me imagino que, seguramente, buscó un estilo que sugiriera fuerza y dureza, y que, al mismo tiempo, no dejara de ofrecer una comodidad consistente. Y ¿qué mejor manera de conseguirlo que retrotrayéndose a la tradición cristiana de los días en que la fe no se hallaba totalmente segura ante los ataques paganos?

Y es que hay insinuaciones de su condición de fortaleza aquí y allá: en la cornisa amatacanada de la enfermería, en los muros grises y las troneras del gimnasio, e incluso en la misma torre de la capilla. Fue esto lo que al principio me deprimió. Ahora veo que los campos de césped y los olmos umbrosos relegan la idea de la guerra a un pasado en el que resuena el apagado rumor de

los tambores. La paz predomina en el recinto y, en un radiante día de otoño como éste, casi parece una paz soñolienta, con los chicos aún lejos, y sólo el zumbido de un cortacésped rompe su silencio. Pero es una paz fruto de la dignidad y el honor, contra este despliegue inmóvil de rojos y de grises; una paz que no ha olvidado la lucha, ni ha desdeñado el esfuerzo, la paz de la Iglesia Militante.

Sí. Creo que va a gustarme Justin Martyr.

17 de septiembre

Quizá me he precipitado al decirlo. Ayer aún no conocía al doctor Prescott.

Se ha quedado aquí todo el verano porque su mujer está muy enferma, y me topé con él por casualidad, al pasar por delante de su puerta. Digo que «me topé con él». Rectifico. Uno no «se topa» con el doctor Prescott.

Mi pluma es un burdo sustituto de la cámara a la hora de describir a un hombre tan magníficamente fotogénico y tan fotografiado. Resulta bajo —como de un metro sesenta— para tener una presencia tan dominante, impresión que se acentúa por sus amplios hombros, el cuello de toro, la cabeza cuadrada, de aspecto noble, y el grueso flequillo de pelo gris, ondulado y tieso. Me pregunto si no tendrá un punto de vanidad con su pelo, pues dicen que nunca lleva sombrero, ni siquiera en las temporadas en que los alumnos deben llevarlo. Esta tarde vestía una capa azul con un cuello de terciopelo abrochado con una cadena, y se ayudaba de un bastón de ébano, una combinación que hubiera parecido teatral de no haberle sido tan propia.

Para su edad, tiene una cara sorprendentemente tersa, salvo por unas marcadas arrugas en torno a los labios; su frente es despejada y pálida; las cejas, muy tupidas; la nariz es recta, con una punta casi imperceptiblemente ganchuda; los ojos, grandes, muy separados entre sí, de color castaño, con un reflejo amari-

lento. Según el señor Anders, sus críticos afirman que se parece demasiado a un gran hombre para serlo.

Me detuve al verlo bajar las escaleras, sin querer inmiscuirme en su intimidad, pero cuando él también se detuvo, me di cuenta de que estaba esperando que me acercara. Sabe convocarle a uno sin una sola palabra, sin un solo movimiento de sus enormes cejas.

—¿Usted es Aspinwall? —Su voz tiene una melancolía aterciopelada y profunda—. Ha sido una alegría dar con usted en tan poco tiempo. ¿Le han asignado ya un equipo de fútbol?

Pensé que había confundido la índole de mis responsabilidades.

—Creo que voy a estar en el departamento de Inglés, señor.

Me miró con frialdad.

—Estoy al tanto, pero en Justin como verá que se hace en otros colegios la costumbre es que los profesores jóvenes, sobre todo los solteros, formen parte del programa de deportes. Tal vez podamos encontrarle un equipo al que entrenar en alguno de los primeros cursos. Los Monongahelas de cuarto.

—¿Los qué de cuarto, señor? —No me atreví a confesar que ni siquiera sabía las reglas del juego.

—El colegio tiene dos equipos para que jueguen entre sí —me explicó con el tono de voz, reflexivo y pausado, de quien nunca repite sus palabras—. Son los Monongahelas y los Shenandoahs.

—No esbozó ni un asomo de sonrisa al mencionar estos sorprendentes nombres indios—. Por supuesto, el equipo oficial para jugar con los demás colegios se compone de jugadores de los dos. Los Monongahelas llevan camisetas azules y los Shenandoah rojas. A los alumnos se les destina a un equipo u otro en su primera semana en el colegio, y forman parte de él hasta que se gradúan.

Cuando estoy nervioso debería callarme. Quedé horrorizado al oírme responder:

—Eso es estupendo. —No sé si pensó que me estaba riendo de él, pero no hizo nada que lo indicara.

—¿Estuvo usted en Oxford? —inquirió.

—Sí, señor. En Christ Church.

—Yo estuve en Balliol. —Frunció los labios, arrastrando con ese movimiento las mejillas hacia abajo, y mudó su expresión hasta adoptar el semblante de quien cavila algo—. Tenemos que hablar un día de éstos. La pobre y vieja Inglaterra ya no tiene escapatoria. —Se dio la vuelta y siguió su camino.

¡Así que éste es el famoso rector de Justin...! Ni una palabra sobre la asignatura para la que me han contratado; tan sólo una lección sobre los deportes del colegio. No sabía que el dios del fútbol hubiera llegado a conquistar incluso los colegios religiosos. Es un negro presagio.

28 de septiembre

Los alumnos llevan cinco días aquí. Hasta hoy no he querido dejar constancia de mis impresiones sobre el colegio con el curso ya en marcha, pues he aprendido a ser indulgente con esa parte tímida y aprensiva de mi carácter que, como un pincel maléfico y fantasmal, del todo ajeno al control del pintor, se las arregla para emborronar con nubes y borrascas el paisaje más soleado. Si algún día llego a ser sacerdote, con la ayuda de Dios, debo aprender a ser alegre. Pero ahora, después de más de cien horas con los chicos, con el ánimo todavía por los suelos, empiezo a preguntarme si seré capaz de ajustar mi penoso paso a la ruidosa marcha de Justin. Y es que ni siquiera había imaginado que pudiera llegar a hacerse tanto ruido. Tengo la permanente sensación de estar a punto de verme desbordado.

Los demás profesores han sido amables, pero con la amabilidad de quien espera que uno empiece a nadar tras la primera zambullida. El señor Ives, el subdirector, cuya relación con el doctor Prescott es como la de un segundo de abordó con el comandante del barco —un hombre pequeño y fino, con aspecto de pájaro y unos ojos ambarinos que parecen abarcarlo todo—,

me instruyó pacientemente sobre mis obligaciones el primer día, pero como parecía dar por hecho que iba a retenerlo todo de una sola vez, el miedo se apoderó de mí, y sólo pude asentir como un idiota al fluir de aquellas frases perfectamente hiladas que yo no alcanzaba a comprender. Resulta muy triste estar en los umbrales del año escolar y saber que mañana mismo puede ser el Día del Juicio Final.

Apenas he vuelto a ver al doctor Prescott. ¡Gracias a Dios, creo que se ha olvidado del fútbol! A su pobre mujer parecen quedarle pocos días, por lo que ha pasado la mayor parte de su tiempo con ella. Aun así, cada mañana dirige las oraciones en la capilla y preside la asamblea en el edificio del colegio. El temor reverencial que inspira entre alumnos y profesores es algo que hay que ver para creer. Los profesores no hacen más que contar historias sobre su prodigiosa memoria, su extraordinaria intuición, su terrible genio. Al oírles hablar y hablar, uno supondría que él todavía se encarga personalmente de cada detalle de la administración del colegio, si bien, ateniéndonos a los hechos, imagino que es el omnipresente Ives quien en realidad la dirige. Un director, sobre todo un director tan venerable como el doctor Prescott, ha de ser como un monarca constitucional. Cumple su labor con dejarse ver.

30 de septiembre

Todo va a peor. Los chicos de mi dormitorio, de cuarto curso, me han estado tanteando, y ya han visto que pueden dominarme. Esta noche ha habido un tremendo griterío después de apagar la luz, y me he visto en un aprieto lamentable. ¿Cómo somete uno a cuarenta y tantos chicos de quince años cuando todo está a oscuras? En última instancia, por miedo a que los ruidos llegaran a los oídos que todo lo oyen del señor Ives, me he llegado a grandes pasos a la puerta del dormitorio, he encendido la luz y he gritado en lo que me temo que ha sido un falsete tem-

bloroso: «¿Quién está hablando aquí?». Alguien ha respondido: «¡Usted!», y las inmediatas y estruendosas risas deben de haberse oído por toda Lawrence House. Desesperado, he farfullado: «Voy a dar parte de todo el dormitorio al director», y me he marchado dando un portazo. Sentado de nuevo a mi mesa, sujetándome con las manos las sienes doloridas, poco a poco me he dado cuenta de que el dormitorio, al fin, está en silencio. Pero ¿qué consuelo es éste cuando, por la mañana, averigüen que no he cumplido mi amenaza?

Y es que no voy a cumplirla. ¿Cómo podría? ¿Cómo podría admitir que los chicos estaban fuera de control? Tan sólo puedo sacar este diario con el deseo insensato de meterme dentro de él y cerrar sus tapas sobre mi ridícula y mortificada cabeza. ¡Ah, diario, diario, si pudieras esconderme! ¡Si pudiera convertirme en tinta! Dios mío, ¿tendré alguna vez éxito como profesor? Y, si no puedo manejar a unos cuantos chicos, ¿es factible que alguna vez llegue a ser misionero? ¿O a llevar una parroquia? Quizá sólo valgo para convertirme al catolicismo y pedir el ingreso en una orden contemplativa. Dios mío, por favor, que haya silencio en el dormitorio.

4 de octubre

Esta tarde he tenido mi segunda conversación con el director. Como la primera, también ha surgido por un encuentro casual. Yo iba hacia el río, más allá de los campos de deportes, cuando de pronto di con el fornido personaje y su capa de amplio vuelo. Él estaba cruzando el camino del primer campo, donde se queda a mirar, durante media hora cada día, los entrenamientos de fútbol, mientras permanece en silencio, apoyado sobre su bastón. Al verme, su expresión no fue amistosa.

— Buenas tardes, Aspinwall. ¿Adónde va usted?

— Voy al río, señor. — Y con los instintivos buenos modales del mundo extraescolar, añadí—: ¿Le apetece acompañarme? Hace un día precioso.

Su mirada puso de manifiesto la irrelevancia del buen tiempo.

—¿No está entrenando a ningún equipo de los primeros cursos? Creí que el señor Hinkley le iba a encargar uno.

—Sí, señor, eso iba a hacer, pero cuando se dio cuenta de que no sabía las reglas del juego, lo dejó por inútil.

—Entonces le sugiero que venga conmigo y aprenda las reglas —dijo con severidad—. El fútbol americano es más que un deporte, ¿sabe? Es una mezcla de entrenamiento del cuerpo y de la personalidad. Si quiere entender a los chicos, tiene que entender el juego. Vamos a ver qué hace el segundo equipo.

Durante cuarenta miserables minutos me quedé de pie, como un bobo, junto a las gradas vacías, mirando el partido mientras el doctor Prescott me lo iba explicando. Al principio era brusco y parco en palabras, pero cuando los pases de un muchacho de quinto que, a todas luces, era una promesa, empezaron a despertar su entusiasmo, se fue volviendo más agradable, y después de un pase excepcionalmente largo y llevado a buen término, me dio una palmada en la espalda.

—¡Por Júpiter! Ese Craddock pasa como los ángeles. ¿Va viendo ya lo que quería decirle, Aspinwall?

Cuando por fin se fue, me recomendó que me quedara para seguir observando el juego. Le di las gracias y, en un murmullo, le dije que esperaba que la señora Prescott se encontrara mejor. Sacudió la cabeza, como si mi interés estuviera fuera de lugar.

—Está todo lo bien que puede estar —dijo lúgubrementemente—. Voy a encargarme de que el señor Hinkley le dé un manual de fútbol americano. Buenas tardes, Aspinwall.

¡Y éste es el hombre con el que había decidido hablar de mi vocación! Éste es el portavoz oficial de la Iglesia de Cristo en Justin. El mismo que, al descubrir mi único paño de lágrimas, mi hora libre de la tarde, me lo quita para que sienta en mis carnes el aguijonazo de su institución.